

Antonio Rodríguez Almodóvar



# La Princesa del Lunar

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS

editorial guadalmena



*La Cabalgata de Reyes Magos de Alcalá de Guadaira, Institución Decana de la Navidad, quiere homenajear y obsequiar, por medio de este cuento, a todos los niños de Alcalá. Estamos convencidos de que a través de su amena y alegre lectura y la belleza de sus ilustraciones, estos hombres y mujeres del futuro serán asiduos lectores y personas más receptivas a las cosas de su ciudad. No olvideis nunca, que la cultura y la educación hace a las personas más libres.*



*Esta edición se distribuye gratuitamente entre los niños alcalaíes  
por gentileza de la Asociación de Amigos de los Reyes Magos  
de Alcalá de Guadaíra*

© Edición: Asociación de Amigos de los Reyes Magos de Alcalá de Guadaíra

© Texto: Antonio Rodríguez Almodóvar

© Ilustraciones: Isidoro Villalba Corzo

**Edita:** Editorial Guadalmena, S. L.  
Avenida de Portugal, s/n.  
Alcalá de Guadaíra (Sevilla)

I.S.B.N.: 84 - 86448 - 51 - 4

Depósito Legal: SE- 2496 - 97

**Imprime:** Aquiles y Cía . Impresores, S. L.  
Alcalá de Guadaíra (Sevilla)

**Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor.**

Antonio Rodríguez Almodóvar



# La Princesa del Lunar

**ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS**

editorial guadalmena



Esto quería ser el castillo de Alcalá, allá por los tiempos de Maricastaña, la que nunca se quitaba las legañas. Resulta que allí vivía un rey, que tenía una hija un poco tonta. Una mañana, ya cerca de la Navidad, no se sabe qué bicho le picó al monarca, que se levantó diciendo:

- Mi hija ya está casadera. Así que, venga! escribanos, pregoneros, escribid y pregonad! que mi hija está muy triste, porque se quiere casar. Que vengan condes y duques a por ella...

- ¡Qué talento, majestad! -le interrumpió el chambelán, o sea, el pelota mayor.

- ¿Por qué me interrumpes, majadero? ¡Con lo bien que me estaba saliendo!

- Os ruego que no os precipitéis, señor. Manda la tradición...

- ¡Aquí el único que manda soy yo!

- Desde luego, desde luego, pero... ¿No sería mejor un baile?

- No, que me maree.

- Entonces... ¿un acertijo?

- ¡Qué vulgaridad! Hoy no es tu día, Charlatán.

- Chambelán, si no os importa...

- ¡Te dicho charlatán! ¡Y toma! -El rey le propinó una patada en el culo al pelota mayor, que dijo: ¡ay!, justo en el momento en que entraba la princesa, con su boquita de fresa y sus cachetes de frambuesa, protestando:

- ¡Que yo con cualquiera no me caso, eh! ¡Que no y que no! Y menos en Navidad.

- ¿Por qué?

- Porque a mí en Navidad lo que me gusta es que me regalen mojones de perro de San Joaquín y tortas de Alcalá.

- ¡Torta la que te voy a pegar yo! ¡Tú harás lo que yo te diga! -gritó el rey, levantando la pierna para darle otra patada a su hija en el mismo sitio que al chambelán.



- ¡Papá, por favor! ¡Cualquiera que nos vea!

- ¡Un momento, majestad! Creo que tengo una idea -intervino de nuevo el pelota. El rey se quedó con la pata levantada.

Será éste el momento de decir que entre el Chambelán y la princesa había un secretito. Y es que la niña estaba enamorada de su primito, el Conde de Galdul, que era un gandul, y vivía en el castillo del mismo nombre. También era conocido por el conde de los Cien Cofres, porque eso tenía: cien cofres llenos de monedas de oro. Y más vulgarmente: «El Conde Cececé»,

porque era tartamudo y ceceoso.

Dicho personaje ya le había entregado uno de sus cien cofres al pelota mayor, a cuenta de que fuera preparando al rey para aquella boda. Y es que el rey no quería ni oír hablar del primito, que aunque rico, era holgazán, tartamudo y ceceoso, como ya se ha dicho. Una prenda de muchacho. Pero sobre todo, sobre todo, que los médicos de la corte habían pronosticado al monarca el riesgo de tener nietos faltotes, o sea, tontos de capirote, porque ya eran varias generaciones en aquella dinastía casándose entre primos. Y ya la niña había salido..., como hemos dicho.



-Supongo que en esa idea no entrará el lechuguino de mi sobrino -advirtió el rey, todavía con la pata levantada.

-Oh, no, señor -mintió el Chambelán, rascándose todavía el impacto de la patada anterior.- Que digo yo otra cosa: ¿Y una adivinanza real?

-¿Cuál?

-¿No tiene la princesita en cierto sitio un lunar que nadie, nadie, sabe dónde está? Pues el que le acierte la gracia, con ella se casa.

-Acabando de decirlo, el chambelán le hizo un guiño a la niña, que comprendió enseguida. Se trataba de que ella misma informara al lechuguino de dónde tenía ella semejante rareza, y ya está.

-¿Pero nadie, nadie? -preguntó el rey, un poco mosca.



-Que yo sepa, sólo su majestad la reina lo sabía, y en Gloria esté.

-Bueno... -se acordó la niña de repente-. Como no sea...

-¿Quién?

-Mi hada madrina. Ella también lo vio.

-¡Maldición! -exclamó el rey-. Algo te puso en el biberón. Y todo porque no la hice condesa. ¿Dónde está ahora esa bruja, Charlatán?

-Si mal no recuerdo, majestad, su último destierro era el gallinero real.

-¿Y allí qué es lo que hace?

-Ahuyentar a los zorros.

-Pues que la saquen y que no le quiten ojo. Mejor pegadita a la niña, que dándole a la lengua por ahí.

-Sabia decisión, señor.

-Menos peloteo, y al grano. A ver, pregoneros, escribanos, escribid y pregonad: Que la princesa está triste... bueno, eso ya lo he dictado... ¡Que será para el que acierte dónde tiene su alteza una real rareza...!





-Un minúsculo lunar, que siendo visible nadie lo verá  
-añadió la niña, empezando a divertirse con todo aquello.

-¡Excelente, excelente!  
-aplaudió el chambelán, calculando cuántos cofres obtendría del Conde Cececé.

Lo que ni él ni la princesa se imaginaban era que el rey, que no se fiaba ni un pelo ni del uno ni de la otra, mandó vigilar a la princesa al tiempo que vigilaba al hada madrina. De modo que no pudieron transmitirle al tarta del primito dónde demonios estaba el dichoso lunar.

Bueno, pues por todas partes se divulgó la convocatoria. El rey

pedía a todo bicho viviente que tuviera sangre azul (o por lo menos azulina), a ver quién acertaba dónde tenía la niña aquella cosita, para casarse con ella.

Pero el primero en acudir fue el primo, el Conde de los Cien Cofres (que ya sólo eran noventa y nueve), y no a concursar, sino a protestar:

-Cecece... ceñor. Nana.. na... nada más enterarme, he venido a re... re... reclamar.

-¿A reclamar qué, mentecato?

-El derecho que me otorga cece... cer el primito carnal.

-Te haré pasar un mal rato. Eso en ningún sitio escrito está.

-Pe... pe... pe...



-Ni pepepé ni papapá. ¡Fuera de aquí!

Y así fue cómo el Conde Cececé tuvo que irse con el rabo entre las piernas, aunque tramando salirse con la suya gracias a los noventa y nueve cofres que le quedaban.

Y empezaron a acudir de todas partes nobles de primera. Pero como ninguno acertaba, fueron llegando los de segunda, y luego los de tercera. Unos decían: «¡el lunar está en un sobaco!».

Otros, «¡en la espalda!». Otros... Otros no se atrevían a decir lo que pensaban, con aquello de «siendo vivible, nadie lo verá»; pues sólo faltaría decir una palabrota o una inconveniencia. ¡A la mazmorra de cabezal! Los últimos concursantes ya sólo tenían de azul un ligero tinte en las venas, y bastaba asegurar ser primo segundo del cuñado de un subconde para acceder a la prueba. Pero ni por éstas. Ninguno lograba decir dónde estaba aquel maldito lunar.





Así las cosas, se animó, ¿sabéis quién? ¡El pícaro Julián! ¿Que no sabéis quién era el pícaro Julián, de todos el más truhán? Parece mentira.

Bueno, pues a éste no le corría ni una gota de sangre azul por las venas, pero era más listo que el hambre y bien conocido en todas partes por sus tretas y jugarretas.

Con intención de ganar el concurso se puso en camino. Y andando, andando, se encontró con un tío más grande que un mulo, que llevaba el Castillo de Galdul a la espalda.



-¿Tú quién eres y qué haces?

-Yo soy Carguín Cargón, y estoy trasladando el castillo del Conde Cececé, que se tiene que mudar enfrente del palacio de su prima la princesita, para pretenderla. ¿Comprendes?

-¿Y cuánto te pagan por ese trabajito?

-Un doblón al día. Y el conde ni siquiera me conoce.

-Pues yo te doblo el doblón. Vente conmigo.

Carguín Cargón soltó el castillo allí mismo y se unió al Pícaro Julián. Un poco más adelante llegaron a Oromana y se toparon con uno que estaba amarrado a un pino, pateando mucho contra el suelo.



-¿Tú quién eres y qué es lo que haces? -preguntó Julián.

-Yo soy Saltín Saltón, y me tienen atado porque, si no, si no, me pongo a correr y a saltar hasta que reviento. Y como el conde ahora está con la rabieta del casorio, pues no me ha encargado que vaya a ninguna parte.

-¿Y cuánto te pagan cuando trabajas?

-Un doblón al día.

-Pues yo te doblo el doblón. Vente conmigo.

Lo soltaron y Carguín Cargón, como era tan fuerte, lo agarró para que no saliera disparado, dando brincos,



como si tuviera el mal de San Vito. Y así siguieron andando los tres. Al poco llegaron a la Aceña, y se encontraron con uno que tenía las orejas muy grandes, muy grandes, y que estaba escuchando por la boca de un pozo.

-¿Tú quién eres y qué haces?

-¡Shissst! Yo soy Oidín Oidón, y a través de los pozos escucho todos los secretos del mundo y parte de los del otro.

-¿Y por eso te pagan?

-Ya lo creo. Un doblón me da el Conde por cada secreto que descubro.

-Pues yo te doblo el doblón. Vente con nosotros.

Al cabo de un rato, se levantó un viento tremendo y les llegó una peste... ¡pero una pestel, todavía más tremenda.





-¡Puñetas, otra vez esos malditos almacenistas han envenenado el Guadaira! -se quejó Julián-. Se tuvieron que tapar las narices y Carguín Cargón agarró a los otros tres para que no salieran volando con la ventolera. Pero al final vieron lo que ocurría, y era un gigantón que estaba con el culo en pompa, tirándose una ristra de pedos tremebundos.

-¿Tú quién eres y por qué haces eso? -le gritó Julián, en medio de la turbulencia.

-¡Yo soy Soplín Soplón y muevo las aspas del molino del Conde Cececé, que tiene mucho trigol ¡Y sólo me paga...!

-¡Un doblón, ya lo sé! ¡Pues yo te doblo el doblón si te vienes con nosotros!- gritó Julián.

Trato hecho. Suspendió su ventoseo aquel extraño molinero y allá que iban los cinco, tan amigos: Carguín Cargón, Saltín Saltón, Oidín Oidón, Soplín Soplón, y el pícaro Julián, al frente del pelotón.

Disfrazados con ropas alquiladas se presentaron en palacio, haciéndose anunciar como «El Conde don Julián y su séquito ejemplar».

-No lo conozco, pero que pasen. Total, uno más... -dijo el rey.- A ver, ¿dónde tiene mi hija el lunar?

-Señor -dijo el pícaro, haciendo grandes ceremonias- perdonadme la franqueza, pero sin duda ha de estar en... en una cacha de su real realeza.



-¡Pues no señor, a la mazmorra! -gritó el rey. Y la niña, riéndose, decía: «Frio, frío, como el agua del río, frío, frío...».

Menos mal que Julián iba bien acompañado, y cuando los soldados quisieron apresarle, Carguín Cargón se lió a puñetazos con ellos, Saltín Saltón escapó dando saltos, con Julián bajo el brazo, y Soplín soplón hizo de las suyas, ya sabéis. De manera que todos los cortesanos tuvieron que echar a correr, apretándose las narices.

Así que salieron los cinco tan tranquilos del castillo de Alcalá y se metieron en la Venta Platilla. Lo malo es que no habían averiguado lo principal. Pero entonces vio Julián que en el patio de la venta había un pozo. Y dirigiéndose a Oidín Oidón, le dijo:

-Ahora te toca a ti. Ponte a escuchar.

-Menos mal. Ya me estaba aburriendo.



Pues gracias a aquellas orejotas se enteró Julián de una conversación que mantenían en secreto la princesa y el hada madrina, mientras paseaban por el patio de armas del Castillo.

-¡Qué lástima de nobles, todos pudriéndose en la mazmorra! decía la segunda, que se había enterado de la visita del pícaro Julián y sospechaba algo.

-Total, por no saber que el lunar lo tienes en...

-¡Calla, no lo digas! -le interrumpió la princesa, que todavía no había logrado transmitirle el secreto a su primo, el conde Cececé.

-Qué tonta. ¿Quién nos va a oír aquí? -Pero al pasar junto a un pozo que había en el castillo, el hada dijo: -¡En una arruguita del ombliguíto! ¡Ja, ja, ja...!

-¡Válo tengol -Exclamó Oidín Oidón.- Y tal



como lo escuchó se lo zampó al pícaro Julián.

Al día siguiente se presentaron los cinco en palacio, disfrazados de otra manera, y dijo Julián:

-Majestad, yo lo sé.

-A ver, suelta -consintió el rey, entre bostezo y bostezo.

-Si no es por arriba ni por abajo, ni por delante ni por detrás, ha de ser en un sitio que, siendo visible, oculto está.

-Eso ya lo sé, gilipollas. Pero ¿dónde?

-¿Lo digo?

-¡Pues claro! ¡Dilo, dílo! -se impacientó la niña, que había reconocido al pícaro Julián debajo de su disfraz, y que empezaba a gustarle.

- ¡En una arruguita del ombliguito!

- ¡Bravo! -exclamó el rey-. ¡Ven a mis brazos, hijo mío!

- ¡De ezo na... na... nadal -irrumpió de pronto el Conde, que venía con un séquito de criados, dispuesto a impresionar al rey con sus noventa y nueve cofres de oro.



-¿Cómo que no?

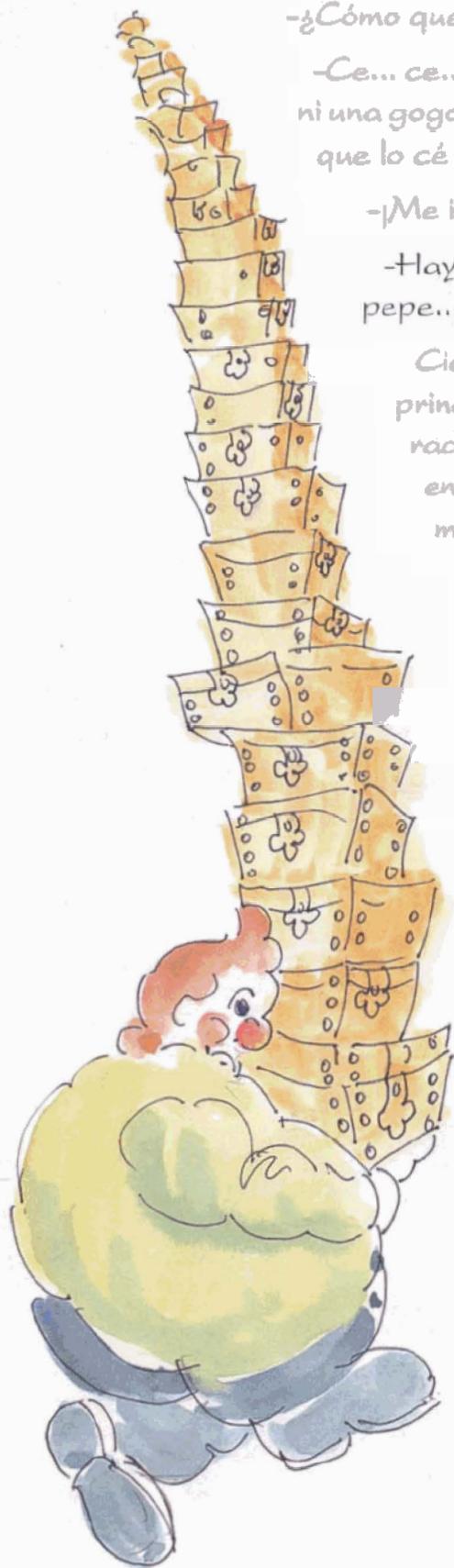
-Ce... ce... ceñor. ¡Ezte be... bebé... bellaco no tiene ni una gogo... gota de sangre aaaaa... azul. Que que que lo cé yo.

-¡Me importa a mí un pitol! -Tronó el del trono.

-Hay que pepe... pe... pedirle permizo al Empe... pepe... rador.

Cierto era. No era posible la boda de una princesa con un plebeyo sin permiso del Emperador, y lo malo es que el Emperador estaba en Alemania y había setenta guerras de por medio.

-No se preocupe, majestad. Mandamos a Saltín Saltón -dijo Julián. Y en efecto, Saltín Saltón salió corriendo y brincando de tal manera, con la petición del rey



enrollada bajo el brazo, que por la tarde ya estaba de vuelta, con el permiso concedido, en el mismo sobaco.

-¡Qué bár... bar... baro! -se asombró el tartaja. Y dirigiéndose a Julián:- ¿No po... po... dríamos llegar a a a ...a un arreglito?

-¿Cuánto? Fue Julián derecho al grano.

-Un co... coco... cofre.

-Me muero de ri... ri... sa. -Se canchondeó Julián-. Mejor, todos los que pueda cargar este amigote mío, ¿vale? El conde dijo que sí, y entonces Carguín Cargón fue cogiendo en peso, como si nada, un cofre, otro cofre, hasta juntar los noventa y nueve, uno encima de otro.

-¡Que me... me... me... arruino! -gritó el conde.

-¡Eso te pasa por primol -le largó el pícaro Julián. ¡Que no te has dado cuenta que hoy es 28 de diciembre! Y salió de allí corriendo con todos sus compinches.

El rey mandó perseguirlos con la caballería, dispuesto a casar a la niña con quien fuera, menos con el primo. Y cuando ya parecía que les iban a dar alcance, Soplín Soplón se paró. Se volvió de espaldas al ejército, y con su peculiar artillería lanzó tal pestilencia a granel que arremolinó a los caballos



y atufó a los caballeros. El propio Conde de los Ya Ningún Cofre se vio zarandeado por los aires y fue a caer, ¿sabéis dónde? Pues en los brazos de su primita.

-¡Anda! ¡Ahora que me gustaba el otro! -se lamentó la tonta del lunar.

-¡Pues ahora te aguantas, que éste es el que hay! -clamó el rey, tirándose de los pelos.

Y en cuanto a los pícaros, pues repartieron los cofres. Pero en vez de hacerlo, ya sabéis: uno para mí, otro para ti, uno para mí, otro... Pues decidieron enviarles los noventa y nueve a los Reyes Magos, treinta y tres a cada uno, para que compraran muchos juguetes, millones de juguetes, para todos los niños de Alcalá. Y luego cada cual se marchó por su lado. (Eso sí, después dejarse los números de teléfono, por si tenían que presentarse a algún otro concursito). Y colorín colorado, este... alcalareño cuento se ha acabado.





**Antonio Rodríguez Almodóvar** es natural de Alcalá de Guadaíra, 1941, donde vivió hasta la edad de quince años. Es Doctor en Filología y Catedrático de Lengua y Literatura Española. También fue profesor de la Universidad de Sevilla entre 1969 y 1975. Escritor de muchas facetas, ha efectuado una contribución capital al estudio y la recuperación de los cuentos españoles de tradición oral (*Cuentos al amor de la lumbre*, *Cuentos de la Media Lunita*). Premio Internacional «Infanta Elena», 1991, de Narrativa Juvenil, por *Un lugar parecido al Paraíso*. Otras obras suyas: *Variaciones para un saxo* (novela), *El bosque de los sueños I y II* (relatos), *Hacia una crítica dialéctica* (teoría literaria), *A pesar de los dioses* (poesía), *La niña que riega la albahaca* (teatro); Guionista de tres series de televisión para Canal Sur, basadas en adaptaciones de cuentos populares. Es colaborador habitual del diario «El País».

Entre 1976-1977 fue Director del Instituto «Cristóbal de Monroy», de



Alcalá de Guadaíra. En 1979 fue candidato a la Alcaldía de Sevilla. En 1985, Director General de Renovación Pedagógica. En 1992, Director del Pabellón de Andalucía en Expo 92.



**A la memoria de nuestro gran «REY MAGO», que nunca fue,  
y al «GRAN PADRE» que siempre fue, JOSÉ GÓMEZ GUTIÉRREZ**